

Castillo de Montizón

HACIA mucho tiempo, con motivo de pasajera y circunstancial estancia en Villamanrique—desde cuya campiña se divisa, lejana y borrosa, sobre un fondo de montañas, la silueta de la vieja fortaleza—que alentaba en mí el deseo de visitar el castillo de Montizón, *Mons Montesanus*, cuando romano, y *Montixon*, cuando árabe, y al que los cristianos, primitivamente, llamaron de Santiago, en atención a haber sido conquistado por las caballerescas huestes de la famosa Orden y por ésta reedificado y defendido.

Mezclábanse en este mi deseo el natural afán por conocer, innato en el hombre, y cierta especial atracción y simpatía, algo así como una extraña admiración romántica, por aquella grande y recia fortaleza, en la que acaso Jorge Manrique, caballero santiagués hijo de don Rodrigo, del mismo apellido, penúltimo Maestre de Santiago y señor de Villamanrique (en atención al cual toma su nombre, que antes fué *Bellomonte* y *Velmontejo*), escribiera sus famosas Coplas, ya que es probado que moró en ella algún tiempo.

Iban ya, sin embargo, pasados muchos años desde el origen de mi deseo—que adormecido yacía en el rincón cerebral de las ideas desechadas—cuando, inesperadamente, se me presentó ocasión de satisfacer mi afán.

* * *

Ha mediado el otoño, verdadera primavera de la Mancha. Es un día tan azul y tan diáfano que asemeja el cielo una fiesta de añil y de luz.

La gran patena del sol expande sobre los campos sus hostias de oro.

Y el campo se esponja bajo la caricia tibia y placentera.

Montizón es el hito gigante que marca la linde de los campos de Castilla y las tierras andaluzas.—————

